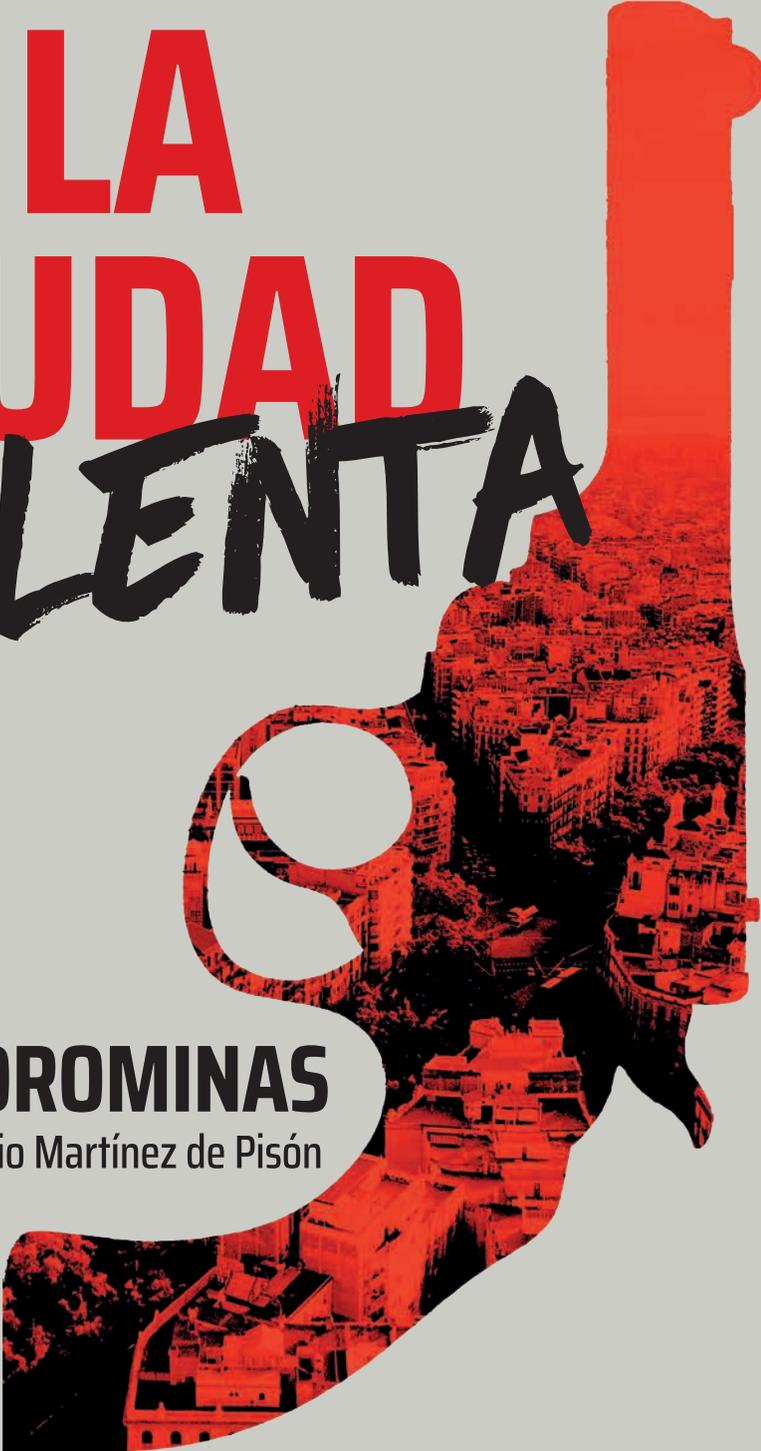


UN PASEO POR LA HISTORIA CRIMINAL Y REVOLUCIONARIA DE BARCELONA

LA CIUDAD VIOLENTA



JORDI COROMINAS

Prólogo de Ignacio Martínez de Pisón

PENÍNSULA

La ciudad violenta

Un paseo por la historia criminal
y revolucionaria de Barcelona

Jordi Corominas

© Jordi Corominas Julián, 2021

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

Primera edición: septiembre de 2021

Prólogo: Ignacio Martínez de Pisón, 2021

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2021
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespensula@planeta.es
www.edicionespensula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición
Depósito legal: B. 10.831-2021
ISBN: 978-84-1100-008-6



Índice

Prólogo, por Ignacio Martínez de Pisón	9
Introducción	13

PRIMERA PARTE

LA VIOLENCIA POLÍTICA (1835-1939)

1. De la ciudad sitiada a la expansión hacia los márgenes (1835-1877)	21
2. La ciudad de las bombas: la Barcelona de la propaganda por el hecho (1884-1909)	53
3. Fuego y resaca: la Semana Trágica y el caso Enriqueta Martí (1909-1912)	85
4. Los años del pistolero, cuando Barcelona se anticipó a Chicago (1917-1923)	113

SEGUNDA PARTE

LA VIOLENCIA CRIMINAL (1929-1991)

5. Años accidentados para los márgenes: el crimen de Ricardito y la Barcelona homosexual (1929-1936)	147
---	-----

6. Los años cuarenta, o cuando nadie mataba en la calle	170
7. Los crímenes extranjeros o la Modernidad entre hoteles y marines (1951-1962)	205
8. La década bisagra: los setenta, entre psicópatas y política (1971-1979)	227
9. Los años ochenta o el extraño paréntesis hacia la refundación de Barcelona (1983-1991)	258

TERCERA PARTE
LA CIUDAD REFUNDADA O EL PRESENTE
(1993-2019)

10. Maletas, racismo y desigualdades sociales: los noventa y el 2000 o los crímenes de la refundación (1993-2009)	279
11. Poco a poco se hacen las cosas: la década acumulativa (2010-2019)	317
12. <i>De mica en mica s'omple la pica</i> : la década política (2010-2019)	348
Bibliografía	389

De la ciudad sitiada a la expansión hacia los márgenes (1835-1877)

Resulta sencillo formular una historia alternativa de Barcelona, entre otras cosas por amnesias voluntarias y una escasa voluntad de entenderla desde una perspectiva temporal completa. Por motivos nada misteriosos, todo en la capital catalana parece nacer en algún instante indeterminado de finales del siglo pasado.

Un buen ejemplo sería la Rambla del Raval, inaugurada en septiembre de 2000 y, para una gran mayoría, parte del paisaje desde tiempos inmemoriales. Este hecho se agrava por la utopía de dar con instantáneas anteriores a su construcción, fruto de un proceso de higienización del entorno, esa horrible expresión acompañada con el cambio de nombre del barrio, conocido durante muchas generaciones como el barrio chino, fuente de vicio y, en cierto sentido, barra libre de pecado en pleno centro histórico mientras jamás nadie se ha preocupado por frenar su calamitoso estatus, una anomalía sin comparación en el resto de Europa.

La utopía de localizar fotografías de esas callecitas entronca con un momento fundacional. Es una condena de la memoria, un olvido deliberado para ocultar vergüenzas y pintar el mapa de rosa. Se ha decretado la inexistencia de ciertos pasados. Para la publicidad institucional, Barcelona nace el 25 de julio de 1992. Cada nacimiento entierra lo pretérito hasta difuminarlo en una

peligrosa bruma, como si las urbes no fueran la consecuencia de muchos sedimentos forjados a lo largo de las centurias.

Barcelona, quizá por privilegiar su marca, es una gran víctima de esta ignorancia posmoderna. Antes de los Juegos Olímpicos renació en agosto de 1854, cuando se derribaron las murallas y, al fin, pudo vislumbrar una especie de destino manifiesto. Ella, siempre puntera e impedida por grotescos muros, perfecto mecanismo para coartar su pujanza económica y ambición imperial.

En 1834, Barcelona era la punta de lanza peninsular y el Raval, yermo desde la última ampliación de las murallas a manos de Pedro IV el Ceremonioso en el siglo xiv, se llenaba de fábricas. Como pueden intuir, la aparición de esta estructura laboral conllevó el surgimiento de un proletariado con características propias, primera página de un relato omitido por los poderes contemporáneos de izquierda y derecha tras su barrido sistemático por parte del franquismo. Por aquel entonces algunos reformistas como Pere Felip Monlau, quien tendrá cierta relevancia en esta narración, atisbaban el problema y recomendaban la instauración de educación primaria para los trabajadores. Elevarla de grado crearía, según su criterio, ilusiones estériles, pues una formación superior confiere al individuo deseos y necesidades imposibles de satisfacer. Complementaba su propuesta apostando por asistencia médica específica y auguraba limitar las quejas con aumentos salariales o una rebaja en el precio de los alimentos.

En ese 1834 los obreros y los empresarios compartían anhelos liberales. Barcelona contaba con 133.045 habitantes; 234,8 de sus 314,7 fanegas se hallaban bajo control militar, mientras la mayoría de su espacio público se ocupaba con cuarenta grandes conventos, veintisiete edificios públicos, once precarios hospita-

les y siete cuarteles. Se contabilizaban 860 habitantes por hectárea, la tasa más elevada en toda Europa. Cada persona disponía de once metros habitacionales, y la esperanza de vida era de treinta y seis años para las clases holgadas y de veintitrés primaveras para las más desfavorecidas.

El cóctel era explosivo, y esos meses alambicaron todos los ingredientes para el estallido. Por supuesto, en Barcelona el palpito era otro bien distinto. Uno puede transitarla hoy en día y apenas notar la tensión imperante. Los balcones tienen banderas, y el ruido no se desvanece al tener la conciencia de conflicto. Lo mismo sucedía durante esa guerra civil, sin tener relevancia la ausencia de lucha en las calles. En Madrid, Mariano José de Larra afirmó la visión de un convento como foco bélico, con los frailes como enemigos y los carlistas presos como reos tolerados, y desde esa imagen encontraba normal la defensa de toda la sociedad para prevenir esa amenaza. Para otros, los obispos, cabildos y monasterios nadaban en la opulencia, mientras confesionarios y cátedras del Espíritu Santo servían para dar nuevos soldados al príncipe rebelde; cada convento, cada iglesia, cada ermita era un pertrecho militar para los facciosos, con las feligresías como punto de reunión de los cabecillas.

Ese 1834, el panorama se alió con una epidemia de cólera. En Barcelona, diezmó a la población, algo agravado por las odiosas murallas.

Los ciudadanos, como explicaba el *Diario de Barcelona* el 8 de enero de 1835, estaban divididos entre leales, realistas, publicistas, prudentes, decididos, moderados, liberales, adictos, honrados, ilustrados, defensores de la fe, celosos, practicantes o bienaventurados; todo este mejunje anidaba en su seno la chispa de la revuelta, y a nadie debe asombrarle dónde residía para provocar el incendio y marcar una senda de no retorno hasta 1936.

LAS BULLANGAS: LA VIOLENCIA ARCAICA Y LOS UMBRALES
DE LA MODERNIDAD

Fernando VII no fue un rey culto y profesó una verdadera devoción por la fiesta nacional. Poco después de su muerte se inauguró el Torín de la Barceloneta, concretamente el 26 de julio de, adivinen, 1834. Tenía poca altura para no molestar el ángulo de tiro. El recinto, primero de su género en la capital catalana, tenía cabida para trece mil espectadores y fue un soberbio manantial de pasiones.

El 25 de julio de 1835 era el día de Sant Jaume y los espectadores se congregaron para asistir a una magna corrida. Según las crónicas, los toros que se lidiaron fueron mansos, malos y cobardes. El gentío se exasperó, y de los gritos avanzó hasta un barullo devenido motín. Se arrojaron a la plaza un sinnúmero de abanicos, y tras ellos siguieron bancos, sillas y algunas columnas de los palcos.

El dia de Sant Jaume
de l'any trenta-cinc
hi va haver gran broma
dintre del Torín.
Van sortir set toros,
tots van ser dolents:
això va ser la causa
de cremar convents.

La poesía popular esgrime la mala calidad de los animales para acelerar una revuelta conocida como la primera bullanga, nombre con el que denominamos de modo genérico todos los tumultos sucedidos entre 1835 y 1843. La excusa para el arrebato fue la muerte en Reus de cinco miembros de la milicia urbana a manos de un grupo de guerrilleros carlistas, con frailes entre sus

componentes. Se llegó a rumorear que uno de ellos, ni corto ni perezoso, había ordenado crucificar y sacar los ojos a una de sus víctimas.

La reacción barcelonesa fue, en este sentido, previsible con alguna dosis de originalidad. Los manifestantes ataron al quinto toro, lo transportaron hasta la basílica de la Mercè y la iglesia de Sant Francesc, intentando prenderle fuego. Al fracasar viraron hasta la Rambla, donde se desbocó la mecha, quemándose los conventos de San José, actual emplazamiento del emblemático mercado de la Boqueria, el de los carmelitas calzados del carrer del Carme, los dominicos de Santa Caterina, los agustinianos del carrer Hospital y el de los trinitarios descalzos de la Rambla, donde desde 1847 se instaló el Liceu, santo y seña de la burguesía catalana.

El éxito de esta primera bullanga se debió a la implicación de todos los ciudadanos. La burguesía quería acceder a los terrenos quemados y desamortizados, no tanto por Mendizábal, sino por el abandono de los mismos. Los progresistas odiaban a los frailes y al carlismo. Por último, como siempre se da en estos casos, un nutrido grupo de incontrolados demostraron su gusto de destrucción por el mero placer de la misma. Las componendas políticas también tuvieron un papel decisivo: todos estos grupos querían superar el Estatuto Real, recuperar la Constitución de Cádiz y conseguir una senda de libertad y democracia auspiciada por la monarquía isabelina.

El historiador Joan Cortada fue testigo de los acontecimientos y, años más tarde, recordó cómo la multitud acalorada, no solo por el estío, corría sin freno para pegar fuego a los conventos y asesinar a dieciséis religiosos mientras la autoridad militar canonizaba con su presencia la algarada y aconsejaba a los participantes no hacerse daño.

Lo curioso fueron las consecuencias. El capitán general de Cataluña, Manuel Llauder, pasó brevemente por Barcelona y pu-

blicó una proclama donde amenazaba con castigos a los culpables y advertía, según fuentes bastante confusas, de cómo los altos mandos habían impedido un asalto contra las fábricas. Esto asustó a la burguesía e irritó al sector más radical de los liberales.

Llauder envió para capear el temporal al general Pere Nolasc de Bassa i Girona, quien llegó a Barcelona, dejó la tropa acampada en el pueblo de Sants y se dirigió al edificio de Capitanía. Para rematar la faena amenazó a los congregados en sus alrededores y pronunció su célebre y mortal «O el pueblo o yo». Pueden imaginar el desenlace. Al día siguiente, 5 de agosto de 1835, la multitud entró al palacio, le descerrajó un tiro y, entre vítores, arrojó su cadáver por el balcón. Arrastraron el cuerpo por el paseo de la muralla, no sin antes tumbar la estatua de Fernando VII en la plaza de Pla de Palau, y prendieron una pira para quemarlo con los documentos recolectados en el colegio de San Ángel de los carmelitas descalzos del carrer Conde del Asalto, actual Nou de la Rambla, desacralizado y convertido en cuartel de la policía armada.

La quema de un difunto no era ninguna innovación. A lo largo de la historia existen múltiples ejemplos de esta práctica. En la Alejandría del año 361 después de Cristo el arzobispo arriano Jorge, azote de cristianos y paganos, fue incinerado tras ascender al trono imperial Juliano el Apóstata. Sus restos fueron depositados en la mar para limpiar la ciudad de tanta inmundicia, y lo mismo hicieron los barceloneses con Bassa, en otra demostración de arcaísmo.

En *Barcelona, una discussió entranyable*, Josep Pla declara su simpatía por las bullangas por su indudable labor de liberar espacio mediante la quema de conventos. Uno se imagina al grandísimo literato bien ufano mientras escribía esas líneas, con la sonrisa infantil de quien comete una gamberrada.

No sabemos su parecer sobre el siguiente episodio, casi encadenado con el desfile mortuario del torpísimo general. Esa mis-

ma noche ardió en el carrer Tallers la fábrica El Vapor, cuyos activos eran de varios socios. Entre estos, destacaban tanto por experiencia en el sector como por una mayor contribución de capital la familia Bonaplata, experimentada por viajes a Inglaterra para comprobar los avances técnicos en el textil e importarlos a España.

El Vapor fue la primera fábrica del Estado en funcionar con este tipo de energía. Tenía empleados a más de seiscientos trabajadores y recibió durante su breve existencia todo tipo de elogios, en especial por sus telares mecánicos. Al saber del ataque, se dispuso una guardia privada y las autoridades, con la colaboración de algunos obreros, hicieron lo posible para impedir el desastre, fundamental para entender la metamorfosis del criterio de la burguesía en lo relativo a los altercados, desde entonces tildados de bárbaros, con los bullangueros calificados de anarquistas con la única ambición de robar, asesinar, incendiar y destrozar bienes ganados con sudor, sacrificios y peligros. Para algunos cronistas, debían ser tratados peor que los negros, pues al menos estos trabajaban, si bien este desprecio obviaba su incansable tarea para enriquecer al empresariado catalán.

Mucho se ha discutido sobre los condicionantes de la quema de la fábrica. La lógica histórica de este incipiente proletariado lleva a equiparar la acción con el ludismo británico, donde un misterioso, y con toda probabilidad fantasmagórico Capitán Ludd, alentaba a los obreros a destruir las manufacturas, por ser un sitio opresivo, porque la mecanización aumentaba el paro y dejaba a muchas familias en la más absoluta de las miserias.

El caso de El Vapor encaja con estos atributos y, asimismo, se enmarca en una concatenación de eventos impulsados por la rabia de esas jornadas. Con sus llamas acariciando el cielo, se asistía, sin poder constatarlo por lo insólito, al alba de un nuevo tiempo, con la clase trabajadora barcelonesa a la vanguardia de muchas revoluciones europeas.

Al día siguiente, Aleix Pardiñas, implicado en los acontecimientos, fue torturado y fusilado. Le seguirían tres compañeros más —Aleix Bell, Joan Jaldi y Josep Prats— por participar en los disturbios, y posteriormente se endureció la legislación laboral. El capitalismo, ante la constatación de tener un enemigo en su interior, apostó por la carta de afilar sus colmillos para expandirse y aumentar sus prerrogativas, sin cavilar siquiera un solo instante el riesgo de optar por medidas represivas en vez de apaciguar tanta cólera y humanizarse para aspirar a una improbable Arcadia entre amos y sometidos.

El 10 de agosto, una junta configurada en su grueso por los propietarios procedió al incierto regreso a la normalidad. Restauró la Academia de Buenas Letras, organizó una biblioteca pública con los libros de los conventos suprimidos, puso en marcha unos Estudios Generales, hasta lograr el retorno de la Universidad, desterrada en Cervera desde Felipe V, y obtuvo el nombramiento como capitán general de Espoz y Mina, querido por los catalanes tras su arrojamiento durante el trienio liberal. Una vez este tomó el bastón de mando, la junta se disolvió sin conseguir rebajar los ánimos, ubicándolos en una encrucijada más patente por la ruptura de la unidad y una división de claro cariz económico.

Para terminar con esta primera fase, faltaba el remate. El 30 de diciembre de 1835, un comunicado de Espoz y Mina informaba de que un prisionero escapado del santuario de Lord, próximo a la leridana Sant Llorenç de Morunys, aseguraba que los partidarios de Carlos María Isidro habían fusilado a 33 prisioneros liberales. La noticia encrespó a la plebe, y en consecuencia se asesinó a más de cien prisioneros carlistas encerrados en la Ciudadella. Al día siguiente, 5 de enero de 1836, el sexto Batallón Nacional de Voluntarios fue hacia Pla de Palau, sede del poder civil, entre cánticos del himno de Riego y vivas a la Pepa. No dieron con el apoyo esperado. Los mismos liberales partidarios

de arrasar con los conventos en julio ahora callaban por respuesta al aprender a temer las aspiraciones de las clases más precarias.

Se depuró a los urbanos y se desterró a muchos liberales fieles a las ideas originales de estas bullangas. El panorama fijó un antes y un después. Lo primitivo de estas formas de violencia reluce por la ausencia de líderes visibles y lo impulsivo, casi un suspiro, de todos los episodios relatados. Pese a ello, se apreciaban movimientos más allá de lo atávico, al esgrimirse por un lado demandas de mayor representatividad democrática y causas económicas reconocibles desde agosto de 1835, cuando además de prender fuego a El Vapor se destruyeron las casitas de Burots, barracas en la entrada de las ciudades encomendadas a cobrar tributo por las mercancías. La modernidad se aprestaba para cruzar el umbral, pero aún aguardaba para quitarse la máscara definitivamente, como si, algo frecuente en Barcelona, los afanes fueran a una velocidad demasiado acelerada para el resto del país, y en eso la Ciudad Condal recogía con turbio agrado su pertenencia al Viejo Mundo en contraste con el atraso de la Meseta, un sambenito positivo que la acompaña hasta nuestros días, con el guiño gracioso en *Asesinato en el Comité Central*, de Manuel Vázquez Montalbán, cuando una compañera de partido espeta a Carvalho eso de Barcelona, tan europea ella.

LA LEYENDA TRASPASA FRONTERAS: EL CASO DEL LIBRERO ASESINO

Ustedes conocen nuestra vieja capital de Cataluña y sus callejuelas tortuosas; también la Barceloneta, al contrario, con sus casas tan bien alineadas. Han recorrido nuestra localidad tan orgullosa de su Bolsa, de su Capitanía General y de su aduana, con murallas de estuco y mármol. Saben cómo es de infatigable y laboriosa la población que la habita; se diría que el aire de este país inspira el amor al

orden y al trabajo. Se hace difícil comprender cómo unas pasiones malignas pueden subsistir en presencia de esta activa industria, de esta noble emulación. Sin embargo, en todas partes se encuentran excepciones, y la justicia humana tiene que castigar hoy crímenes, sembradores de pánico en Barcelona desde hace algún tiempo.

Este es el inicio de un texto publicado en París el 23 de octubre de 1836 en la *Gazette des Tribunaux*. La revista debió ser un intento ficticio de crónica judicial de actualidad transnacional sin ceñirse a ningún tipo de verosimilitud.

Descubrí este relato en 2009, cuando preparaba la antología *Matar en Barcelona*. Raúl Argemí, el más veterano de los autores del elenco, lo escogió, considerándolo necesario para hilar una progresión de la criminalidad barcelonesa. Entonces no nos conocíamos demasiado, pero con el paso de los años hemos comentado la cuestión, riéndonos de los crédulos de esa increíble trama de un monje de Poblet con mucho apego a sus libros, obcecado por acaparar venerables manuscritos sin apenas saber leerlos.

La fama del librero asesino de Barcelona tiene un origen y una consolidación debida a un cuento del adolescente Gustave Flaubert, quien escribió sobre el mito tras leerlo en la entrega de la *Gazette des Tribunaux* o en una versión más reducida y efectista en el semanario *Le Voleur*.

La gran pregunta es el motivo de su invención con escenario en Barcelona. La respuesta obedece al impacto internacional de las bullangas de 1835, cuando las noticias españolas reclamaban la atención del Viejo Mundo por la guerra carlista y lo inextricable del contexto ibérico, con el añadido de una digestión más prolongada de lo leído. Los fuegos condales debieron avivar la llama imaginativa de nuestros vecinos, y a ello se sumaba el aura romántica de la Península, bien plasmada durante el Ochocientos por muchos escritores galos, como Prosper Mérimée con su novela corta *Carmen*, inspiradora de la celeberrima ópera de Georges Bizet.

Por lo demás, Barcelona y el resto del país se revestían para Francia de un aura exótica combinada con un sincero aprecio por sus logros culturales del pasado, entre otros motivos por las colecciones pictóricas exhibidas en el palacio del Louvre entre 1838 y 1853, tan sugerentes como para alentar a Édouard Manet a cruzar los Pirineos e ir a Madrid en 1865 para hechizarse con los Velázquez del Prado y vomitar improperios por los platos nacionales, rebosantes de aceite.

En 1835, la imagen de España era aún más pintoresca, y eso mismo allanó el camino para sacarse de la manga al librero asesino. Su historia es la siguiente. Fray Vincente, ya resolveremos el porqué de este sonoro (sic), era un monje de unos treinta años, residente en una callecita aledaña al carrer Ample desde hacía poco tiempo, pues con anterioridad había desarrollado su vocación en el monasterio de Santa Maria de Poblet, saqueado en 1833, durante la primera guerra carlista.

Este hecho le obligó a abandonar los votos y recalcar en Barcelona, donde su aspecto envejecido y un carácter más bien hurraño le granjearon fama de hosco e inaccesible. Tenía una tienda repleta de incunables, y su codicia se centraba en recolectar cualquier pergamino a su alcance. Los adoraba por su olor, sus etiquetas gastadas y la pátina de su tacto. Apenas comía o bebía. Solo luchaba por sus manuscritos.

Un buen día, un estudiante de la Universidad de Cervera entró en su librería junto con dos criados, signo indudable de riqueza. El chico quería *La crónica d'en Puigpardines*, y Vincente no quería venderla por nada del mundo, pero el soplo de un ejemplar único *dels Furs de València* de 1482 y la palabrería del muchacho, con espurios sueños papales, le hicieron tirar la toalla.

Tras el coloquio acudió raudo y veloz a una paradita de libros en el Call, el barrio judío, de tradición libresca y donde aún hoy en día es posible admirar los esgrafiados de la imprenta de Sebastián de Cormellas, salvados del habitual desprecio al patrimonio

al haber transitado en esos aposentos don Quijote de la Mancha para descubrir estupefacto la visión de su apócrifo de Avellaneda.

Nuestro protagonista cogió un pliego enorme con páginas vetustas y preguntó al vendedor si tenía los tan codiciados *Furs*, confesando este su entrega al párroco de la basílica de la Mercè pocos minutos antes.

Para agrandar su desdicha quiso pujar en una subasta por una *Gramática latina* de 1468, arrebatándosela su gran adversario, el bibliófilo Patxot, con negocio en los arcos de Els Encants.

Pocos días más tarde, saltó la noticia de la muerte del estudiante cerca del Hostal del Sol, la típica posada justo en uno de los ingresos de la ciudad. Vincente esbozó una sonrisa. A la mañana siguiente las campanas de Santa Maria del Mar lo despertaron a las once de la mañana. Al cabo de media hora se sobresaltó por los gritos del gentío. El local de su adversario Patxot ardía sin remisión. Era su oportunidad para apoderarse de todos esos botines tan codiciados y rescatarlos.

Los asesinatos no cesaron. Un bachiller alemán apareció muerto en la calle de Basea, un poeta perdió la vida en la riera d'en Malla, hoy tapada por la Rambla de Catalunya, y un aristócrata aficionado a la lectura exhaló su último suspiro al lado de las Atarazanas. Hubo más víctimas, y pudieron acrecentarse de no haber intervenido la casualidad en forma de inspección policial en su templo. La caída de una *editio princeps* de 1503 fue el vendaval para condenarlo, y para más inri durante el juicio fue humillado al mostrarle el magistrado un ejemplar de una obra en su haber que consideraba única. Antes de pasar por el cadalso pidió tenerla en sus manos, y para verificar su posesividad infernal la despedazó con saña para sentirse propietario exclusivo en el consuelo de su nada.

En 1927, el investigador y editor Ramon Miquel y Planas quiso escarbar en los vericuetos de la leyenda y publicó el monumental, no por enorme sino por riguroso, *El librero asesino de Barcelona*.

He contado el episodio según la síntesis efectuada por el sabio barcelonés, quien a base de deduccionesató cabos, no sin ciertas dificultades. El nombre de Vincente remitía a un catálogo bibliófilo confeccionado por el librero valenciano Vicent Salvà en Londres, donde habitaba desde 1823 para evitar una segura condena a muerte por sus opiniones políticas durante el trienio liberal.

La portada de la colección rezaba lo siguiente: «*A catalogue of Spanish and Portuguese books, on sale by Vincent Salvà, -124, Regent Street, London. Part II. MDCCCXXIX*». En la misma figuraban los *Furs del Regne de València*, del que se desconocía cualquier otro ejemplar además del presente, muy bueno y en perfectas condiciones.

Barcelona no es una urbe de asesinos en serie. Las motivaciones criminales de los *killers* de la capital catalana son arquetípicas. Amor y dinero son motores habituales en cualquier centímetro del planeta. Otro rasgo de la crónica negra condal es un cierto guante blanco en su proceder, a diferencia, por ejemplo, de Madrid, donde los sucesos siempre se han revestido de mayor escabrosidad. En los últimos tiempos, como veremos en posteriores capítulos, la marca Barcelona ha prorrumpido en la necesidad de inventarse criminales en serie, y por eso mismo Enriqueta Martí comparte con fray Vincente el honor de pertenecer a esta categoría como un emblema. Las coincidencias entre ambos son literarias y los contrastes navegan en el hecho de ser uno un personaje literario, mientras en el caso de la mal llamada vampira la han trocado en eso cuando era una persona de carne y hueso perteneciente a los estratos más bajos del proletariado del primer Novecientos. El parecido entre realidad y ficción es nulo, sin alcanzar siquiera el grado de apariencia por excesos de embustes y sed de coser hechos sensacionalistas para terminar el siempre imperfecto rompecabezas del anecdótico.

DE LAS BULLANGAS A LAS MURALLAS: HACIA LA REFUNDACIÓN

Entre 1837 y 1843 prosiguieron las revueltas. Los demócratas de ayer devinieron los autoritarios de hoy, y así fue como hasta 1839 Cataluña tuvo *de facto* un dictador en su capitán general, el barón de Meer, quien debía proteger los intereses burgueses para cumplir el impedimento de las reformas de progreso, esas libertades constitucionales vistas por los propietarios como paparruchas para reducir todo a un eterno desorden, para mayor medro de malvados y advenedizos.

En 1840, la regente María Cristina vino a Barcelona para tomar los baños. Los motivos eran otros bien distintos. Espartero, azote de los carlistas, escuchimizados tras el Abrazo de Vergara como finiquito de la campaña del norte, había entrado en la capital catalana el 14 de junio; su popularidad era un hueso duro de roer. Para tirar adelante sus reformas legislativas, María Cristina debía contar con él para anular la previsión de nubarrones políticos en el horizonte. Para ello se reunió con el pacificador de España y le ofreció el cargo de primer ministro, pero había un escollo para aceptarlo. Solo daría su sí si la viuda de Fernando VII retiraba la Ley de Ayuntamientos, que reducía el poder municipal y nombrar a los alcaldes por designación real para así cortar las alas a cualquier atisbo de oposición desde el feudo urbano de los liberales progresistas.

La negativa de Espartero aumentó la tensión, dirimida el 12 de octubre de 1840 en otro encuentro en Valencia, adonde se había desplazado María Cristina ante la hostilidad exhibida por los barceloneses. De este modo, la regencia pasó a manos del héroe militar, lo que produjo, como suele suceder en nuestro país, una mayor disensión parlamentaria, con los liberales moderados obstinándose en oponerse al nuevo mandamás por su querencia a codearse con una camarilla militar compuesta por allegados, los ayacuchos. Hubo pronunciamientos, inestabilidades consabidas y un

incremento del malestar social, entre otras cosas por el nacimiento de una izquierda ajena al Partido Progresista, a partir del ascenso de candidatos republicanos en las elecciones municipales de 1841. Estos estaban relacionados en sus aspiraciones con las recién nacidas sociedades obreras de ayuda mutua, la primera de ellas creada por los tejedores barceloneses en mayo de 1840, presidida por Joan Muns y con la huelga como vehículo para conseguir el cumplimiento de sus demandas.

En otoño de 1842, corrió el rumor de un acuerdo librecambista con el gobierno británico para rebajar los aranceles a los productos textiles ingleses, medida dañina para los intereses de los industriales catalanes del sector. En esta ocasión, la chispa para prender la mecha emergió el 13 de noviembre en los burots de Portal de l'Àngel, cuando unos obreros quisieron pasar al interior de los muros unas botellas de vino sin pagar los preceptivos impuestos. Cuando al día siguiente una comisión pidió liberarlos, recibió el encarcelamiento como respuesta, y entonces se desataron todas las iras mediante una guerra de barricadas emprendida por la milicia urbana junto a paisanos y mujeres que arrojaban agua hirviendo desde las ventanas del Call. El caballo del general Zurbano murió durante los tumultos y el capitán general Van Halen ordenó a sus tropas replegarse a la Ciutadella y Montjuïc mientras la Junta de Vigilancia reclamaba Cortes Constituyentes y protección a la industria nacional.

Espartero era partidario de un castigo, y este tomó cuerpo con el bombardeo del 3 de diciembre. Se arrojaron once mil proyectiles desde todas las fortificaciones, con el balance de 335 víctimas civiles. Como consecuencia, la ciudad debió pagar un tributo extraordinario de doce millones de reales, se cerraron todos los periódicos salvo el conservador *Diario de Barcelona* y se clausuró la asociación de tejedores.

A partir de ese momento, Espartero perdió el apoyo barcelonés. Cuando cayó, en junio de 1843, una nueva junta pactó con el

general Serrano tres puntos para aceptar su gobierno provisional: Constitución de 1837, Isabel II y Junta Central. El guapo militar los aceptó al no tener intención de cumplirlos y, cuando se supo poco después del desarme de la milicia madrileña, se prepararon quince premisas para presentar un proyecto español de progreso. Entre ellas sobresalían eliminar la partida del presupuesto real mientras no se amortizara la deuda pública, la exigencia de rendición de cuentas de su gestión por parte de María Cristina, la supresión de los jefes políticos para traspasar sus atributos a las diputaciones provinciales, la reducción del ejército a cincuenta mil hombres, destinados a proteger las fronteras, libertad religiosa, libertad de producción y venta de la sal, contribución sobre los artículos de lujo y suntuarios, prohibición sobre los artículos de primera necesidad, derribo de las murallas barcelonesas, libertad de imprenta e incompatibilidad entre la condición de diputado y la de funcionario público.

Era una propuesta, la primera de una larga trayectoria, para mejorar España desde Cataluña, casi un embrión del futuro ideario catalanista, tergiversado en el presente por su absurda identificación con el nacionalismo, pues mientras el primero es inclusivo el segundo es su antípoda egoísta y reaccionaria.

Gran parte de la historiografía ha preferido omitir este decálogo para limitar los daños a la revuelta de la Jamancia, así denominada desde el desprecio a los voluntarios de los batallones, alistados según esas malas lenguas para comer gratuitamente y cobrar el estipendio de cinco reales, cuando en realidad los alborotos se avivaron ante el desdén de Serrano a la Junta Central y su alegría a la hora de ser infiel a sus promesas, algo secundado por su sucesor, Joaquín María López.

La Jamancia duró de septiembre a noviembre de 1843 y terminó con el segundo bombardeo de Barcelona, esta vez a cargo del brigadier reusense Joan Prim, quien entre el estruendo de las bombas pronunció aquello de «*O caixa o faixa*», o caja de pino o faja de general.

La ciudad se vació durante la rebelión: sus habitantes la abandonaron en masa hasta quedar tan solo cincuenta mil almas. La Junta capituló y el clima revolucionario decayó durante la década moderada, hasta el regreso de Espartero. Durante todo ese período nadie se olvidó de las murallas.

El 31 de diciembre de 1840, el Ayuntamiento convocó un concurso en el que ofrecía como premio una medalla de tres onzas de oro a la mejor memoria sobre las ventajas de derribarlas. El galardón lo ganó Pere Felip Monlau con *Abajo las murallas!!! Memoria sobre las ventajas que reportaría a Barcelona, y especialmente a su industria, derribar las murallas que circuyen su ciudad*. Sus alegatos exponían con solvencia la inutilidad militar de los muros, las ventajas higiénicas de su derrumbe y las mejoras de una extensión más grande para establecer nuevos servicios. El texto manifestaba la necesidad de ponerse manos a la obra para respirar con libertad e independencia en pos de la refundación.

La noche del 25 al 26 de octubre de 1841, la Junta de Vigilancia aprovechó la partida del capitán general Van Halen para combatir a los partidarios moderados de María Cristina y ordenó derrocar los muros de la Ciutadella. Su retorno del frente dilapidó el sueño; los ciudadanos se vieron obligados a pagar de su propio bolsillo la reconstrucción de la fortaleza, pero pese a la dureza de la medida esta solo fue un leve paréntesis antes de terminar con la pesadilla.

El 22 de diciembre de 1843, con la resaca de la Jamancia a cuestras, los generales Sanz y Schelley escribieron un artículo en *El Imparcial* con argumentos de peso en favor del derribo al ser las fortificaciones nocivas, opresoras y decididamente feas en su enorme contribución a la insalubridad, además de haber quedado obsoletas como sistema de defensa. Según su parecer, era conveniente desmantelarlas y establecer una cadena de fuertes en la sierra de Collserola.